

## Isadora

**Iván Medina Castro**

Universidad Autónoma del Estado de México

ORCID: 0009-0006-3270-2033

*Nombrar es dar nombre a algo  
y si este algo no existe, no es  
posible nombrarlo,  
Wittgenstein.*

RELATARÉ AQUELLO YA ANTES DICHO, aunque lo nuevo no está en lo que se dijo, sino en los atroces acontecimientos tras su retorno. A la manera de las tinieblas, el mal no tiene ningún ser propio, sino que es un defecto de ser, de luz, de bien.

*Las lenguas falaces decían haberla visto en la vera del camino real, vestida con su traslúcido camisón níveo. Tarareando siempre una marcha trastornada, a modo de una cajita musical, una disonancia capaz de encantar al extraviado peregrino. Ella, la hechicera del bosque, transportada por algo mayor a un sonambulismo, dirigía sus encuentros hacia el oleaje luminoso de luna rumbo al aquelarre. La incomprensión ante su libertad, y aquella plenitud mecida entre su larga y negra cabellera, aterraba.*

La situación se ha ido agravando cada vez más. ¿Sabes a qué huele la muerte? En las noches, después de irse a acostar, ella sale al jardín rumbo al campo de espinas, y lejos, ya en el corazón de la arbolada de pinos, hace cosas..., cosas horribles. Donde hubo una muchacha, yace un despojo ¡A cuántas he enterrado!, y siempre fluye sangre nueva; fresca. No veo una entidad distinta que a la de un monstruo sediento.

*Con el trascurso del tiempo, la gente creó historias para sosegar su desconcierto. Entonces, las fantásticas narraciones de ese poblado comenzaron a propagarse. Inclusive, pastores ajenos a la región, para evitar sucumbir al murmullo de la sibila, se obstruyeron los oídos con todo tipo de objetos. “El vellón de carnero alado es el mejor antídoto”, se afirmó por doquier.*

Yo, un fiel sirviente embrujado por la fuerza de la cicuta, conducía a las víctimas de buen linaje por la cordillera. Al pasadizo estrecho, allá por la angostura donde el macho cabrío bala por las noches de plenilunio. Las embelesaba diciéndoles: “En la quebrada las espera un vergel lleno de frutos de intensas tonalidades”. E igual al cuento de Hansel y Gretel, esparcía migas de pan de centeno en el sendero para darles confianza, pero en realidad las arrastré a la cueva de la bruja para ser desangradas. “Unos piquetitos en sus senos núbiles para pintar mis labios”, decía Isadora.

En todo instante procuré mantenerme separado de la belleza de la sangre y del horror de lenguas, dientes arrancados u otras partes al azar, para inmovilizar su hermosura y su vitalidad eterna. Cuando la espiaba, era de reojo, así podía vérselo mejor.

Por siempre escucharé los gritos que torcían las comisuras de su boca cada vez que sus garras penetraban la blanca carne de las jóvenes plebeyas, similares a agujas de tejer y, antes de deslizarse en el paroxismo, sus últimas palabras entre jadeos y estertores eran: “Más, más fuerte, hasta reventarles la carne”. Desde entonces, el escalofrío ha permanecido en cada una de mis vértebras.

*Un día, ella misteriosamente desapareció, se dice que la quema*

*impregnó las coníferas con su olor y las brasas lanzadas a la oscuridad nocturna provocaron el aleteo de los cuervos, como vuelo de brujas, huyendo de la humazón. Algunos aún la buscan por las neblinas del tiempo y sus almas sedientas de conocimiento se alimentan de sus enseñanzas: mirar la vida y el sentido de mirar morir.*

Cuando Isadora agonizaba sobre su lecho, tan sin fuerzas estaba que ninguna voz, ningún aliento le quedaba, con libre decisión hizo que escribieran cuatro salmos penitenciales en un pergamino y los mandó colgar en la pared, con el fin de tenerlos constantemente ante los ojos y poder leerlos desde la cama. Se agarró a esto con tal de no precipitarse al abismo de la angustia de su alma. Isadora murió hacia el anochecer; abandonada de todos.

Aunque ha pasado mucho tiempo de ello, ese extraño rostro de agonía formidable, en verdad, por siempre lo veré, y el terror de la escuálida y viviente bruja, y esos negros ojos, esa mirada sin esperanza, jamás la olvidaré, pues el conocimiento no es una ocupación de la mente, sino un ejercicio donde el espíritu entero se transforma, afectando a la vida en su totalidad.

*Finjo que no importa la hoguera, cada cadáver de mujer, cada mujer que falta. Ahora ardo en tu odio inflamado, pues yo, Isadora, he encarnado a todas las brujas.*



**Enrique Samaniego**, *Metálico*, 2024.



**Enrique Samaniego**, *Tinta china sobre papel*, 2024.